

con tanta frecuencia. Ahora nos vemos obligados á representar á los pueblos desafectos y alejados de los príncipes que no saben defenderlos ni evitar su inminente ruina. Cada provincia querrá tener su emperador, y hasta se levantarán dinastías gálicas y sirias.

He ahí lo que medio siglo de revoluciones había hecho del floreciente imperio de los Antoninos y de Severo.

En los Estados en que el príncipe lo es todo y las instituciones son nada, la decadencia puede suceder rápida-

mente á la grandeza, porque, si no hay hombres providenciales, los hay ciertamente necesarios. Que Trajano, Adriano ó Severo tomen las riendas del gobierno y cien millones de hombres vivirán en el reposo y en la prosperidad; que los reemplacen los incapaces, y el desorden invadirá los ejércitos y los bárbaros las provincias. La civilización avanza con los hombres superiores, no con las muchedumbres: no formando ya entonces la naturaleza hombres de este temple, retrocedió la civilización.

## CAPÍTULO XCVI

### DESDE EL ADVENIMIENTO DE DECIO HASTA LA MUERTE DE GALIENO (249-268)

#### INVASIONES PARCIALES EN TODO EL IMPERIO

##### I. - DECIO (249-251). - GODOY CRISTIANOS

Decio había nacido en el seno de una familia romana establecida en el burgo de Bubalia, cerca de Sirmio (1), y comienza la larga lista de los emperadores originarios de la Iliria (*Illyricum*), muchos de los cuales prestaron grandes servicios al imperio. Faltábanles cualidades brillantes; pero



Etruscia, mujer de Decio  
(Medallón de bronce).



Trajano Decio  
(Medallón de bronce).

eran hombres de espíritu neto y carácter enérgico, como debían formarse en aquellas provincias pobres y belicosas.

Decio era de humilde condición é hizo su carrera por el camino de las armas. Algunos antiguos hacen de él grandes elogios, que sin embargo no justifica su reinado. Este fué muy breve y su historia es singularmente confusa, preséntandose á muchas contradicciones. Tres hechos se destacan, sin embargo, claramente y esto nos basta: la guerra contra los godos, el restablecimiento de la censura, que indica una reacción hacia las antiguas costumbres, y como consecuencia, la persecución de una gran novedad del tiempo, el cristianismo.

Después de su victoria cerca de Verona (setiembre 249) se trasladó Decio á Roma con su hijo Quinto Herenio Etrusco, á quien había ya nombrado César (2); pero no bien hubo llegado cuando tuvo que salir de nuevo á rechazar una invasión gótica.

Confundiendo en la victoria que había obtenido en Tracia sobre estos bárbaros, Gordiano III había suprimido el sub-

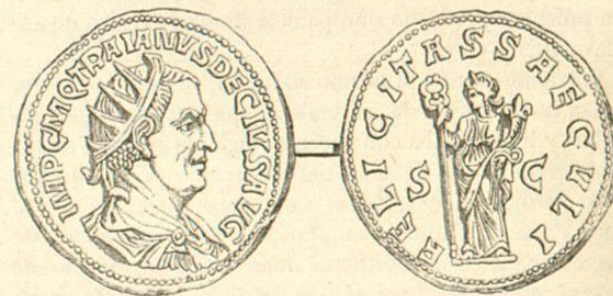
(1) C. Mesio Quinto Trajano Decio nació el año 201, según Aurelio Víctor; en 191, según la Crónica de Alejandría.

(2) Eckhel, t. VII, 342. Aurelio Víctor (29) dice que el César fué enviado luego *in Illyrios*. Decio tenía otro hijo, C. Valente Hostiliano Mesio Quinto, que fué también nombrado César y Príncipe de la juventud.

sidio anual prometido á esta nación; á lo menos refiere Jordanes (3) que el rey Ostrogota se quejó de ello, y pasó el Danubio con 30.000 de los suyos para saquear á la Mesia. Otros bárbaros se le incorporaron; soldados romanos fueron también á tomar parte en el pillaje, y los montañeses del Hemo, en quienes la civilización griega y romana había influido un tanto, hubieron de suministrar sin duda á los invasores guías y auxiliares. La gran ciudad de Marcianópolis (al Oeste de Varna) fué puesta á rescate.

Quando los godos volvieron con un rico botín, los gépidos quisieron pillar á los pilladores, de que se siguió una encarnizada lucha, en que los primeros quedaron vencedores. Estos acontecimientos ocurrían durante el reinado de Filipo, y la invasión había sido tan desastrosa para la Mesia, que la serie monetaria de las ciudades pónticas se detiene en este emperador, por no tener oro para acuñar moneda.

En tiempo de Decio, Kniva, sucesor de Ostrogota, todavía hizo una invasión más formidable: dividió sus fuerzas en dos cuerpos; envió el uno á saquear la parte de la Mesia que las tropas romanas habían abandonado para reconcentrarse en las plazas fuertes, y con el otro, fuerte de setenta mil hombres, atacó la ciudad de Ad-Novas, plaza importante en la confluencia del Jantro y del Danubio.



Quinario de bronce de Trajano Decio, de valor dos sestercios.

Rechazado por el futuro emperador Galo, entonces *dux* de Mesia, intentó dar un golpe de mano en Nicópolis, que Trajano había edificado en recuerdo de sus victorias

(3) Sobre las pensiones á los godos, acaso desde Alejandro Severo, véase á Tillemont, III, 216. Jordanes resumió en su *Historia de los godos* una gran obra, hoy perdida, de Casiodoro, ministro favorito del gran Teodosio. Sobre la guerra gótica, véase á Wietersheim, *op. cit.* t. II, donde discute las narraciones contradictorias de Jordanes, Zósimo, Zonaras y A. Víctor. Estos detalles pierden por otra parte todo su interés ante el hecho demasiado cierto del desastre del ejército romano y de la muerte de Decio.

dácicas; pero chocó con un ejército que había reunido allí Decio. Incapaz de forzar sus líneas el bárbaro, con más audacia que prudencia, dejó al emperador en su campamento, se lanzó al Hemo, cuyos pasos no estaban guardados, y descendió á la gran ciudad de Filipópolis, sin cuidarse de si quedaba ó no cortada su línea de retirada.

Siguiólo Decio por senderos de montaña casi impracticables, donde su ejército, hombres y caballos, tuvo mucho que sufrir. Había llegado á Beroe, á unas 60 millas al Este de Filipópolis, y aun se creía lejos de los godos, cuando cayendo de improviso Kniva sobre él, hizo en las tropas imperiales una gran carnicería.

Decio apenas tuvo tiempo de huir atravesando el Hemo y mientras se ocupaba en reparar su desastre y formar un nuevo ejército, se apoderó el godo de Filipópolis por connivencia de Prisco, gobernador de Macedonia, que al parecer había tomado la púrpura (1).

El rey bárbaro volvió muy luego á la Mesia con la idea de poner en seguridad, á la otra parte del Danubio, el fruto de tan afortunada campaña. De paso encontró al emperador, que intentó vengar al imperio, recobrando de los godos el botín y poniendo en libertad á los cautivos entre los cuales iban muy nobles personajes; pero la traición de Galo le hizo perder esta otra batalla, en la cual pereció con su hijo. Ni siquiera se pudo encontrar su cadáver (nov. 251).

Era el primer emperador que caía bajo la espada del enemigo en tierra de romanos, y la noticia del desastre llevó el terror á las provincias y la alegría y la esperanza á los bárbaros: era el prólogo del tremendo drama que no acabará hasta el día en que la raza germánica, después de haber cubierto de sangre y ruinas toda la Europa romana y una parte del Oriente, haga subir á un hérulo al palacio de Augusto y de Trajano.

En la breve duración de su principado, hubo de cometer Decio dos graves faltas y un error no menos grave. A pesar de su experiencia, no supo preparar la guerra contra los godos ni menos conducirla, y la consecuencia fué el estrago de dos provincias y su muerte. Como habría tenido el honor del triunfo debe llevar el vituperio de la derrota. La segunda falta fué la persecución de los cristianos, y en cuanto al error revela una ingenuidad política que hasta parece inverosímil en un hombre de aquella edad: restableció la censura, olvidada desde Claudio y Domiciano, y el senado invistió de esta dignidad á Valeriano. «Ve, le dijo el emperador, ve á tomar la censura del universo; tú dirás los que deben continuar en el senado y devolverás su esplendor al orden ecuestre; arreglarás el censo y la recaudación de los impuestos; harás las leyes y los nombramientos para los grados militares. Tu vigilancia se extenderá hasta el palacio imperial y sobre todos los magistrados, salvo el prefecto de Roma, los cónsules ordinarios, el rey de los sacrificios y la gran vestal.»

Si Trebelio Polión leyó estas palabras en las actas públicas, Decio se daba aquí un colega temporal, una especie de interrey que dejaba tras sí en la ciudad eterna al partir con su hijo á una guerra peligrosa. Hasta puede verse en esta medida una nueva manifestación del pensamiento de dividir entre muchos los poderes imperiales; de que hubiera, como en tiempo de Pupieno y de Balbino, un emperador de la ciudad y otro emperador del ejército.

Con muy buen sentido se había dejado caer en desuso la censura, institución buena en una ciudad pequeña, im practicable en un gran Estado. Pero si era imposible res-

(1) Aurelio Víctor (29) hace ir á los godos hasta Macedonia, donde habrían decidido la usurpación de Prisco.

taurar el pasado, posible parecía proscribir ciertas cosas del presente, y Valeriano, que no restableció las antiguas costumbres, hizo por cuenta de Decio, y más tarde por la suya propia, ruda guerra á las nuevas creencias.

El ideal de los cristianos era más alto que el de Marco Aurelio, pero era menos desinteresado. El sabio imperante no pedía nada á cambio del cumplimiento del deber, por lo cual fueron muy pocos los que lo siguieron. El cristiano, al contrario, contaba con Dios, como la multitud de los paganos había contado con Júpiter. En compensación de su piedad, éstos querían bienes terrenales; en compensación de la suya, se creía aquél seguro de una eterna beatitud. Su religión tenía pues seducciones bastante poderosas para atraer á los espíritus que no se resignaban á sufrir la ley de toda criatura: después de la vida, la muerte, dejando á Dios el secreto del sepulcro. A las esperanzas divinas que daba, la Iglesia añadía palabras y prácticas llenas de dulzura. En medio de una sociedad aristocrática, muy dura para los humildes, enseñaba la igualdad de todos, grandes y pequeños, romanos y bárbaros, ante la ley religiosa, y prometía á los *siervos de Dios*, fueran esclavos ó magnates, las mismas recompensas. Su espíritu de caridad, su solicitud para con los enfermos y los pobres, las nuevas virtudes que reclamaba en lugar de las que habían perdido los romanos, perdiendo la dignidad del ciudadano, le habían granjeado muchos corazones.

Pero mientras crecía el número de los fieles, parecía disminuir la virtud de los primeros días. Leyendo á San Cipriano, se creería que la paz de que gozaba la Iglesia, hacía cuarenta años, había sido fatal á la disciplina y á las costumbres, «que la piedad estaba muerta en los sacerdotes, la probidad en los ministros, la caridad en los fieles, y que todos los vicios de la sociedad pagana, habían invadido los miembros de Jesucristo. Menospreciando el sagrado ministerio, algunos obispos iban de provincia en provincia para ganar más; en vez de asistir á los pobres, se apropiaban con fraude tierras y herencias y aumentaban sus ingresos con la usura (2).»

«Nos desgarramos unos á otros, dice otro contemporáneo, y nuestros pecados han levantado un muro entre Dios y nosotros. Amán nos insulta, y Ester, con todos los justos, está en confusión, porque todas las vírgenes han dejado que se apague su lámpara: se han dormido y la puerta del esposo está cerrada. Cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará fe sobre la tierra? ¡Ah! el Verbo de Dios tiene el harnero en la mano para limpiar el grano de su era (3).»

Como todos los oradores sagrados, San Cipriano fuerza el tono: su cuadro de la *caída* está muy recargado de sombras, como sus apologías tienen colores demasiado brillantes. San Cipriano escribía en medio de la persecución; y pues Dios la había permitido, era menester probar su justicia, y los desarreglos de los cristianos venían á ser necesarios para explicar el castigo divino.

Las cosas pasaban más humanamente. Desde la breve persecución de Severo, el heroísmo no había tenido ocasión de producirse, la exaltación se había calmado y por consiguiente el rigor de la vida. Pero el odio era siempre el mismo entre cristianos y paganos, y viendo éstos caer tantos males sobre el imperio, invasiones de bárbaros, pestes mortíferas, revoluciones perpetuas, creyeron que los dioses estaban indignados de la impunidad en que se dejaba á aquellos blasfemos.

También por su parte el gobierno se inquietaba ante los

(2) *De lapsis*, passim.

(3) San Pionio, presbítero de Esmirna y mártir en 250 (*Boland.*).

progresos de tan poderosa secta, que, so pena de perecer, debía el Estado pagano asimilarse ó destruir, y Decio, hombre de estrechas miras y de carácter duro, que en su amor á la tradición, soñaba en resucitar los muertos, en devolver al senado su autoridad y á Júpiter su rayo, se encargó de vengar á los dioses.

En efecto, el emperador promulgó un edicto, que se fijó al público en todas las ciudades, para la busca y castigo de los cristianos. Comenzaba pues una guerra de exterminio. Al principio pareció eficaz, porque se puso en el empeño más habilidad que fiereza, tendiendo todos los esfuerzos y miras de los procónsules á obtener apostasías. «Los tormentos, decía San Cipriano, no acababan nunca, como quiera que eran calculados, no para dar la corona, sino para cansar la paciencia.» Con esto fueron muchas las caídas. «Por salvar su vida, el hijo renegaba de su padre, el padre denunciaba al hijo.»

«En Cartago, el mayor número de los hermanos desertó á los primeros amagos del enemigo. No esperaron á que se les interrogara; sino que para salvar las riquezas que tenían sus almas cautivas, corrían de suyo á sacrificar en los altares de los dioses falsos, y aun suplicaban al magistrado que los recibiera sin demora á quemar el incienso impuro y que no dejara para otro día lo que debía asegurar su eterna perdición.»

Las mismas escenas se repitieron en Alejandría, en Esmirna, en Roma, en todas partes. Hasta se vieron obispos caer y arrastrar en su caída á toda su grey: Trofimo de Arles condujo por sí mismo á los cristianos á los altares de los ídolos. Otros con algún dinero compraban la tolerancia: los *libeláticos* fueron muy numerosos. Estas flaquezas están en la naturaleza humana, y no es maravilla que el cristianismo hubiera perdido, al extenderse, algo de su virtud primera.

Con todo eso, la persecución de Decio parece no haber sido tan sangrienta como se supone (1). No siempre fué un decreto de muerte la sentencia inevitable: unos fueron sólo despojados de sus bienes, otros condenados á destierro, otros á prisión: Babilas de Antioquía y Alejandro de Jerusalén, ya de edad avanzada, no pudieron sufrir sus rigores y murieron en ellos. El cristiano más temible, porque era entonces el más célebre, Orígenes, fué cargado de cadenas y amenazado con la hoguera, sin que *el hombre de acero* flaqueara, ni menos cediera: los verdugos se cansaban antes que la víctima. Diéronle libertad al fin y vivió todavía cuatro años (2).

Como la persecución se había anunciado ruidosamente, muchos cristianos tuvieron tiempo de huir. Los jefes más caracterizados, Cipriano de Cartago, Dionisio de Alejandría, Gregorio el Taumaturgo, se sustrajeron al peligro, abandonando su ciudad episcopal para vivir en un retiro poco alejado desde donde se comunicaban con los fieles. Y debió de ser fácil para muchos ponerse, como ellos, á buen recaudo, huyendo de los lugares de peligro. De estos fugitivos, algunos fueron á refugiarse entre los mismos bár-

(1) Excepto en Egipto, donde sin duda hubo un gobernador particularmente animado contra los cristianos. En Alejandría un tumulto popular costó la vida á muchos cristianos antes de que se promulgara el edicto de Decio (Eusebio, *Hist. eccl.* VI, 41). Después de la promulgación del edicto, hubo muchas caídas y cierto número de mártires. Sin embargo, Dionisio, obispo de Alejandría á la sazón, sólo cuenta nueve hombres y cuatro mujeres mártires. Hubo á buen seguro más.  
(2) Orígenes, á quien se llamaba Ἀδαμάντιος (Eusebio, *Hist. eccl.* VI, 14), tenía entonces sesenta y cinco años, y acababa de escribir, entre 245 y 249, su gran tratado contra Celso, el Ἀπόκρινος. San Cipriano decía de los confesores africanos: *Nec cessatis supplicii, sed vobis potius supplicia cesserunt* (Ep. 10).

baros, otros al desierto: el eremita San Pablo vivió en aquella soledad hasta la edad de noventa y ocho años; es decir bastante tiempo para que San Antonio pudiera recoger su último suspiro y su ejemplo. Así nació de la persecución el orden monástico, el más terrible instrumento de las persecuciones futuras.

Los martirologios cuentan en esta época considerable número de mártires; pero graves autores no se atreven á garantizar la autenticidad de estas actas, llenas de anacronismos y maravillosas leyendas, como las de los *Siete Durmientes* de Efeso, que encerrados en una caverna, cuya entrada se había murado, salieron vivos doscientos años después. Pero no es bueno tampoco caer en el exceso contrario, deduciendo de estos piadosos fraudes que hubo muy pocas sentencias de muerte. El edicto de Decio revela desde luego la intención de dar un buen golpe (3): algunos de los jefes de la Iglesia, obispos ó doctores, y como siempre, gente del pueblo y esclavos, perecieron sin duda en esta prueba.

Las más ilustres víctimas fueron San Saturnino, primer obispo de Tolosa; Pionio, presbítero de Esmirna, que rescató con su sacrificio la apostasía de su obispo (4), y Fabiano, obispo de Roma, cuya silla estuvo vacante por espacio de año y medio. Pionio fué crucificado al mismo tiempo que un marcionita. Los herejes tenían también sus mártires. Si ellos nos hubieran contado su historia, habrían añadido gloriosos capítulos á aquel grande y terrible poema de la persecución, que conservó en las almas, á través de los siglos, la llama del sacrificio y todavía suscita nobilísimas abnegaciones.

Desencadenada la tempestad sobre la Iglesia por aquel á quien llama Lactancio *el animal execrable*, no duró verdaderamente más que algunos meses.

En efecto, desde fines del año 250 puede decirse que gozaba ya de nuevo la paz la perseguida Iglesia, y antes de la muerte de Decio todos los confesores habían salido de la prisión á que fueran condenados (5).

El emperador tenía muchas otras cosas en qué pensar y qué hacer para entretenerse en atormentar á hombres inofensivos á causa de sus creencias. Kniva y sus fieros godos lo obligaban á preocuparse antes del imperio que de los dioses; y aun así le faltó tiempo, dejando á su muerte inacabada su empresa. La persecución no había tenido mejor éxito que la censura de las costumbres; pero ésta quedó como una curiosidad inocente, mientras aquella había hecho correr lágrimas y sangre, dando manchado su nombre al juicio de la historia.

## II.—ESTRAGOS DE LOS BÁRBAROS EN EL IMPERIO, VALERIANO.—PERSECUCIÓN DE LOS CRISTIANOS (251-260)

En las críticas circunstancias en que el ejército se encontró después de la derrota y muerte de Decio, no tenía tiempo ni calma para esperar una decisión del senado, y en esta disposición de los ánimos, obtuvo Galo sin dificultad la púrpura imperial por el voto de sus legiones (6). A

(3) San Cipriano (Ep. 52) habla del odio de Decio contra los obispos. Véanse en la *Vida de Gregorio el Taumaturgo* la severidad de las órdenes comunicadas á los gobernadores para que persiguieran á los cristianos.

(4) Con él fué también martirizada una esclava fugitiva.

(5) Si las Actas de San Acacio son auténticas (Böland. 10 marzo) el mismo Decio hubo de decretar la libertad de este obispo.

(6) C. Vibio Treboniano Galo nació en 206, según Aurelio Víctor, y en 194, según la *Crónica de Alejandría*. Acaso era africano originario de la isla de Meninx

fin de alejar de sí la sospecha de haber hecho traición á su príncipe, tomó por colega al hijo segundo de Decio, llamado Hostiliano, y casó á su hijo Volusiano, á quien había nombrado César, con la hermana del segundo Augusto. Poco tiempo después, murió éste apestado, ó tal vez á manos de un asesino.

Un tratado vergonzoso había permitido á los godos repasar tranquilamente el Danubio con su botín, sus prisioneros y la promesa de un subsidio anual pagado en buena moneda de oro; pero habían encontrado el imperio tan débil y rico á la vez, que era de temer otra visita de parte de

Kniva ó de otros caudillos no menos fieros y belicosos. Háblase, en efecto, de nuevos combates en la Panonia, combates que por fortuna el gobernador Emiliano, mauritano de origen, supo tornar en su favor. Estos ligeros triunfos inflaron el corazón de sus tropas, cuyo orgullo militar había deprimido el tratado de Galo con los godos. La distribución entre los soldados del dinero del tributo gótico acabó de seducirlos y proclamaron á su general.

El hambre y la peste desolaban las provincias, sin turbar la vida afeminada que Galo hacía en Roma, y los pueblos lo hacían responsable de todas aquellas calamidades. Emi-



Treboniano Galo (Busto del Capitolio, sala de los Emperadores, núm. 73).

liano penetró sin obstáculo en Italia, hasta la ciudad de Terni, donde encontró á su rival. Una promesa de dinero, hecha á los soldados de Galo, decidió la defección y con esto fueron asesinados el emperador y su hijo (febrero 254) logrando el vencedor algunos días de reinado.

Este vanidoso personaje prometió al senado renovar la gloria de los grandes emperadores, para lo cual dejaría á los Padres conscriptos la administración de la república, mientras que tomando para sí mismo los trabajos de la guerra, iría á expulsar á los bárbaros del Norte y del Este. Y ya se había dejado representar en las medallas con los atributos de Hércules Victorioso y de Marte Vengador.

Pero aun antes de la muerte de Galo, Valeriano á quien este príncipe había encargado llevarle en socorro las legiones de la Galia y de Germania, había sido proclamado á su vez por ellas mismas en la Recia. Roma tuvo pues si-

multáneamente tres emperadores: la catástrofe de Terni suprimió uno, y Valeriano ni aun tuvo necesidad de combatir al otro. Los soldados de su rival, que se sentían más débiles, y resentidos acaso de las promesas hechas por su príncipe al senado, cortaron por lo sano y enviaron al nuevo Augusto la cabeza de Emiliano. Fué degollado el misero cerca de Espoleto, en un sitio que, de esta catástrofe, conservó el nombre de *Puente Sangriento*. Apenas había imperado tres meses.

Se encuentra en este tiempo un prefecto de Roma, que había sido *conde* de los domésticos, título nuevo y reservado á un grande esplendor. Ya hemos visto *duques* y *presidentes*: en el gran consejo de guerra celebrado en Bizancio en 258, estará el emperador rodeado de ellos. He aquí cómo el *amigo del príncipe* viene á ser un funcionario; cierto Claro se llama prefecto de la Iliria y de las Galias, y